



LOS PESCADITOS DE ORO DEL CORONEL AURELIANO BUENDÍA

De Federico Falco

Dejar caer en el crisol algo que tiene una forma y una textura, un repuje particular de escamas en el lomo, filigranas en la cola, florituras en las aletas, a cada lado un ojo que es solo una pequeña muesca en la superficie.

Dejar caer en el crisol algo que tiene una forma y mirar como los bordes se redondean, cómo la filigrana se diluye, el ojo se nubla, el repuje se alisa, desaparece la floritura.

+++

El fuego no existe. Al fuego hay que hacerlo.

Se busca un manojito de paja bien seca y leñita muy fina y se los apoya sobre un papel arrugado. Hacia el papel va la llama. Siempre por el filo de la hoja para que el papel tenga reborde y la llama pueda comer por los dos lados.

Cuando es pequeño, al fuego hay que cuidarlo. La palma de una mano hace pantalla y protege de cualquier corriente de aire, cualquier enfriamiento.

Después, el fuego se hace grande y se olvida del Coronel, ya no lo necesita. Avanza y sube y es algo enorme que ilumina la negrura tiznada del crisol con una luz cálida que revolotea y sube y cae y envuelve el crisol y lo lame con un manojito de lengüetazos anaranjados y vivaces.

El crisol comienza a templarse, y es en ese momento en que, con mucho cuidado, en la curvatura cuenca del fondo, el Coronel deja caer los pescaditos.

Enseguida le agrega al fuego más leña, leña fina y leña gruesa y lo aviva con un fuelle, para que haga buena brasa, para que levante temperatura, para que el fuego lleve el crisol a ser un puro infierno.

Los pescaditos, por un momento, apenas si coletean y tiemblan. Hay como un saltar de craquelado, algo que es crujido que el Coronel no se sabe si propio de la leña o de los espinazos de oro de los pescaditos, que se quiebran. Pero más que quebrarse, los pescaditos se ablandan. Eran cinco, seis, o nueve, o catorce y las muelas de sus bocas se alargan y se alargan. Los pescaditos se derriten hasta licuarse y dejar de ser cada uno un cada uno, hasta cada uno perder relación con la palabra pescadito y pasar a ser solo dorado líquido untuoso, burbuja sin nombre en la superficie burbujeante, la pura potencia del oro líquido.

Y entonces, alguien golpea con sus nudillos el vidrio de la ventana, llama al Coronel por su nombre, trata de mirar hacia el interior a través de los cristales oscurecidos de polvo.

¿Qué pasa?, pregunta el Coronel mientras sostiene el crisol ardiendo y el oro al rojo vivo en la punta de unas pinzas.

Como única respuesta, un nuevo golpe, un nuevo llamado. Desde su lugar frente al banco de trabajo, el Coronel solo puede adivinar en el contraluz dos figuras iluminadas por el sol y desdibujadas por la mugre de los vidrios.

Con mucho cuidado, vuelve a apoyar el crisol sobre la fragua, separa un poco los leños para que se aplaque el fuego, se saca los guantes de cuero grueso, se saca el delantal también de cuero, con el dorso de la mano se seca el sudor de la frente, se tira hacia atrás el poco pelo.

¿Qué pasa?, pregunta de nuevo mientras abre la puerta. Parados frente a él hay dos hombres y entre los dos sostienen, uno por cada extremo, un largo atado de telas mojadas, que envuelven algo que se arquea un poco al medio. Unas cuantas vueltas de sogas sujetan la mortaja para que no se suelte. El manojito de tela chorrea agua chorrea agua. Lo encontramos bien lejos y lo trajimos en la moto, dice uno de los hombres y con la cabeza señala la motito de baja cilindrada estacionada al sol, sobre la vereda.

¿Qué cosa es?, pregunta el Coronel. Los dos hombres, cansados ya de hacer fuerza, apoyan el bulto sobre el suelo. Uno desata las sogas, el otro empuja con el pie y el bulto de trapos y sábanas viejas se desenrolla hasta desplegarse y entregar a los pies del Coronel un gran pez de escamas oscuras y granulosas. El pez tiene la boca muy ancha, con las comisuras de los labios muy caídas hacia abajo, los ojos grandes y resignados como los de un caballo. Las branquias se abren y cierran de tanto en tanto, ya sin fuerza y dejan ver el interior de carne rosa pálido, reluciente. Es un bicho horrible y huele a agua estancada, a barro podrido. Está bien, dice uno de los hombres. No sufrió, está vivo, le vinimos echando agua por el lomo con una botella, explica y muestra la botella de plástico tirada junto a la motito.

Como cuarenta kilómetros hicimos y a cada rato parábamos para mojar al bicho, dijo el otro hombre.

El Coronel no dice nada, no entiende qué sucede, solo mira al pez que boquea tirado sobre las baldosas de la vereda.

Lo vimos en una orilla donde el río golpea contra la barranca, explica el otro hombre. Y se nos ocurrió que era ahí que tenía la cueva. La buscamos y la encontramos, casi casi afuerita del agua, un gran agujero por donde se metía a la tierra.

Y lo esperamos. Hicimos un lazo de alambre y, una vez que estuvo adentro, con barro le achicamos la entrada a la cueva, para obligarlo a salir por entre el lazo.

Después tuvimos que esperar un montón de tiempo. Toda la noche esperamos.

Y ni bien salió el sol, lo agarramos.

Así fue, sí señor. Y la lucha que dió.

Sobre todo subirlo a la moto.

Sí, señor. Un gran esfuerzo.

El Coronel se queda callado un rato y pregunta lo obvio, lo único que no entiende.

¿Y para qué me lo trajeron?

Los dos hombres se miran uno a otro, el pez boquea.

Para usted, para que lo compre.

Desde que lo vimos pensamos en usted.

Si todos saben que le encantan los pescados.

Ni bien verlo, dijimos: para el Coronel, para que lo compre y lo use de modelo.

Para eso lo agarramos, para que lo haga en oro, Coronel.

¿Quién les dio esa idea?, pregunta el Coronel.

Nadie nos la dio. Se nos ocurrió a nosotros solitos. Mire qué bicho más raro, Coronel, si es nunca visto.

Barato se lo vamos a cobrar, Coronel. Y eso que dio una lucha bárbara, a mi compañero aquí casi lo ahoga. Renegar nos ha hecho. Mucho esfuerzo.

Pero lo que usted disponga va a estar bien, Coronel. Unos pesitos. El Coronel se da vuelta.

Llévense ese monstruo de acá, dice antes de cerrar la puerta.

Los dos hombres se quedan a sus espaldas, primero en silencio, después empiezan a llamarlo, golpean a la puerta.

Aunque sea para pagar la nafta, Coronel. Denos unos pesos, que es fin de semana y va a haber fiesta.

El Coronel se pone el delantal, los guantes de cuero.

Los hombres afuera empiezan a insultarlo. Dice su nombre y lo insultan.

El Coronel vuelve a avivar el fuego, toma el crisol con unas pinzas, apenas una delgada capa se ha endurecido sobre la superficie del oro fundido. El Coronel remueve el crisol para que desaparezca.

Los hombres afuera gritan desgraciado, desgracia, desgraciado, hijo de su mala madre, traidor, tarado, malandrín, mal parido, borracho, ruin, desagradecido. Gritan y dan golpes. Tiran piedras contra la puerta. Tal vez patean al pez tirado en el piso.

El coronel toma los moldes y de uno en uno vierte el oro líquido. Está volviendo a dar forma a los pescaditos más hermosos y perfectos que alguna vez se hayan visto.

Filigranas en la cola, florituras en las aletas, a cada lado de la cara un ojito que es una pequeña muesca.

Hasta que por fin los hombres se callan, se suben a la moto, le dan marcha y se van.

El Coronel enseguida los olvida.

Esa noche, tarde, cuando abre la puerta del taller, siente huir a unos perros flacos, que de dos saltos se pierden en la sombra. A sus pies lo espera el pez negro y largo, con la piel de barro deformada a mordiscos.

Federico Falco (Córdoba, Argentina, 1977). Ha publicado los libros de cuentos "222 patitos", "La hora de los monos" y "Un cementerio perfecto". También el libro de poemas "Made in China" y la novela breve "Cielos de Córdoba". En 2020 su novela

"Los llanos" fue finalista del premio Herralde y en 2021 resultó ganadora del Premio Fundación Medifé-Filba.